

# Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL



SE PUBLICA LOS DOMINGOS

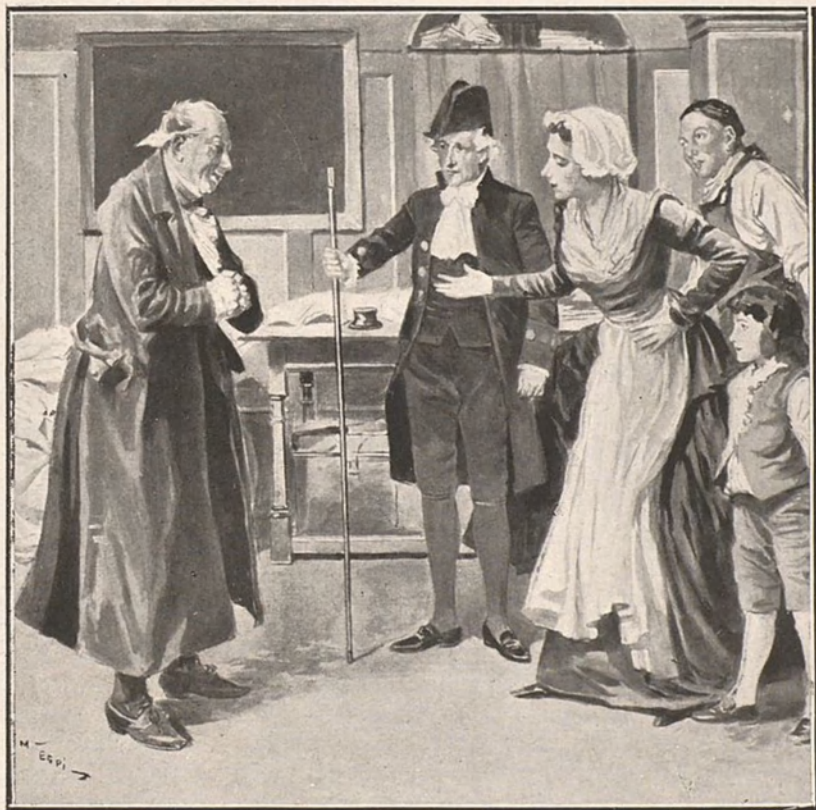


NÚMERO SUELTO. 10 CÉNTS

AÑO V.

MADRID, 17 DE ABRIL DE 1910.

NÚM. 120.



## HISTORIA DE MAQUIAVELILLO

### II. MAQUIAVELILLO EN LA ESCUELA.

**Y**a sabéis cómo salió Trompico de la escuela acusado de romperle una pierna al hijo del carrero, que tardó más de un año en curarse y quedó toda su vida algo desnivelado. Pero lo que no sabéis es la ira que tuvo la madre de Trompico al ver llegar á su hijo hecho

Ayuntamiento de Madrid

un mar de lágrimas y al oírle contar la injusticia que con él habían cometido.

—Sí, hijo, sí; todo esto lo hacen contigo porque eres pobre y no tienes padre que te defienda. Desde mañana á trabajar en el andamio y déjate de letras; pero por el nombre que tengo que se han de acordar de mí.

Al día siguiente Trompico fué como un buen aprendiz á las obras del campanario, y su madre, pian pianito, tomó el camino de la casa de Farruco, el sastre, y le dijo:

Farruquillo, un favor vengo á pedirte y es que por primera vez en tu vida digas una verdad.

—Ciento digo yo todos los días.

—Pues una sola. ¿Tú has visto por aquí estos días á mi hijo?

—Ni en soñación.

—¿Ha venido algún chico á tu casa? ¿Le has visto á alguno andar con los trebejos de tu oficio?

Farruquillo se quedó un poco pensativo.

—Pues no sé, no sé... Como no haya sido Colasín el del mantequero que anduvo anteayer en la bolsa del trabajo y me estropeó dos retales con las tijeras...

—¿Colasín has dicho?—replicó.—Pues esto mismo lo vas á repetir en la escuela delante del señor maestro.

Y quieras que no, tiró de Farruquillo, y en un santiamén el sastre y la viuda del albañil estuvieron á la puerta del Ayuntamiento y allí llamaron á Retamares, el alguacil, para que sirviera de testigo al mismo tiempo que de autoridad. Los tres juntos entraron en la escuela.

—A la paz de Dios—dijo el sastre quitándose la gorra.

—Santas y buenas—dijo el alguacil.

Y la viuda, sin decir nada, pasó entre las dos filas de bancos, llegó hasta la mesa de D. Juan, y, plantada en jarras, señaló con el dedo índice á Colasín, que mostraba desde que la vió vivos deseos de meter las narices entre las páginas del Fleury.

—Aquí estoy yo porque he venido—dijo luego la viuda.—Aquí viene el alguacil para decir verdad y para que todo el mundo lo sepa. Que diga el sastre si mi hijo ha tocado á ese jaboncillo, que así se hubiera vuelto piedra alumbre, que diga quién ha sido más que ese condenado engendro de Colasín, que es más malo que un dolor.

—Aquí no se viene á insultar ni á armar escándalo—interrumpió D. Juan.—Que hable el sastre y, si es posible, en pocas palabras.

Habló el sastre, que sabía hacerlo muy bien, y contó cómo Nicolás el mantequero había estado en su casa y cómo desde aquel día le faltaba la piedra de marcar, que no era ni más ni menos que el dicho jaboncillo, causa de tantos disgustos.

—A ver ahora—dijo D. Juan—qué responde usted, señor Colás.

Colasín no respondió palabra y clavó los ojos en el suelo. Todos los chicos le miraban, como habían mirado al pobre Trompico; pero Colasín no lloraba ni se ponía frenético.

—A ver. Diga usted por qué ha cometido esa infamia. ¿Por qué ha acusado usted á un inocente de un delito que no ha cometido? ¿Por qué ha consentido usted que pase vergüenza y que le expulsamos de la escuela? ¿No responde usted?

—Sí, señor—saltó Colasín, lleno de osadía.

—A ver por qué.

—Porque no cabíamos los dos en este banco.

—Vaya usted, señora—dijo el maestro á la viuda,—y dígame á su hijo que vuelva con nosotros, que todo está aclarado gracias á usted y al sastre. Y vosotros, hijos míos, aprended lo que puede la maldad cuando sólo se guía en su interés y en su conveniencia. Aquí hay un niño capaz de causar los mayores daños por ocupar un espacio más holgado en el banco de la escuela. Así pensaba un florentino que vivió en el siglo XVI y que se llamaba Nicolás Maquiavelo. Aquél pensaba sólo en la grandeza de los príncipes y en la felicidad de los Estados para decir que todas las armas son legítimas cuando se trata de conquistar y de asegurar el dominio. Este *Maquiavelillo* de Cantallana por tener un palmo más de banco es capaz de mentir, de calumniar. Si queréis ver todo lo miserable que es su teoría vamos juntos á casa del carrero, á ver cómo sufre Siro con su pierna rota, y pensemos en la importancia del daño junto á la vanidad del beneficio que ha conseguido ese malvado botarate.

Al terminar este discurso, Colasín *Maquiavelillo* no estaba en su banco; bonitamente se había escurrido sin que nadie le viera, de modo que no hubo tiempo de expulsarle solemnemente de la escuela. Se fué la viuda con el sastre. Sólo el alguacil se quedó dando vueltas al sombrero ancho.

—Bueno—dijo por fin;—aquí se ha arreglado todo, ¿no es verdad?

—Sí, hombre—dijo el maestro.

—Y yo, ¿de quién cobro?

—¿Cobrar qué?

—El arreglo. ¿Le parece a usted que vaya á cobrarle al padre de Colasín, el mantequero?

—Vete allá—dijo D. Juan para terminar;—pero bastante desgracia tiene con que le haya salido un hijo *Maquiavelillo*.

MARTIN BAYLE.



## FILARMONIA INFANTIL

### III

Veis aquel músico que lleva un violín un poco mayor que los demás?—dijo Ricardito.

—¿El que está cerca del violín primero?—preguntó Pepe.

—¿A qué llamas tú violín primero, vamos á ver?—añadió Ricardito.

—Pues aquel que está un poquito más alto, que se da tanta importancia—dijo Pepe.

—Ese es el violín *concertino* ó principal... Porque, mira, violines *primeros* son todos los de allí, y *segundos* todos los de más acá—y Ricardito procuró con el ademán indicar los distintos lugares que ocupaban los respectivos músicos en la orquesta, en número de más de veinte.—Y—añadió—el *viola* es, tenéis razón, el que ha señalado cerca del *concertino*. ¿Y los contrabajos, qué son, Paquito?

—Pues... los contrabajos... serán esas *trompas* tan grandes, tan grandes..

—No... Esos son los bajos de metal ó *tubas*, que también son llamados *contrabajos*... en francés (esto también lo dice el maestro de casa). Pero los verdaderos contrabajos ó violones, en castellano, son esos *violines* tan grandes, tan grandes que están en el extremo de la orquesta.

—Y tienen que apoyarse en el suelo porque no les pueden levantar los músicos—dijo Julito ingenuamente.

—Tú qué sabes—replicó con majestad Ricardito.—Si no fuese más que por eso también serían contrabajos ¿ves...? aquellos de allí... que están en medio... Y esos son los violoncelos ó violonchelos, que de las dos maneras se dice en italiano, digo, en castellano.

Son, como veis, un intermedio entre el violín y el contrabajo, y á mí me gustan mucho, y cuando oigo ese instrumento me pongo más serio...

—A mí, ¿sabes lo que me gusta...? Las trompetas de la Caballería cuando pasan por la calle y tocan todas á la vez... Tarará, tarará, tarará, tararíí...—observó profundamente Julito.

—Tú lo que eres un *pelma* que no sirve más que para estorbar—objetó con dignidad ofendida Ricardito.—Hombre, no sé por qué venís á estas fiestas del divino arte, como dice también nuestro sabio profesor.

—Mira, mira, mira qué pato—dijo Paquito atisbando lo que ocurría en la escena.

—No es un pato, que es un ganso—dice Pepe.

—Tú sí que eres ganso—dice enojadísimo Ricardito.—¿Todavía no sabéis que eso es un cisne, borricos?

—¡Un cisne...! ¡Ah...! (Expectación.)

—Sí... un cisne... ¿No habéis oído hablar nunca del cisne que tira de la barquilla que lleva á *Lohengrin*?

—No... Nosotros no sabíamos nada de eso...

—¿Y os parece decente ignorar estas cosas? ¿Os parece que...?

—Bueno... No lo volveremos á hacer—repuso Paquito.—Dinos, linos tú qué es eso que pasa ahora... Qué es lo que hacen ahí...

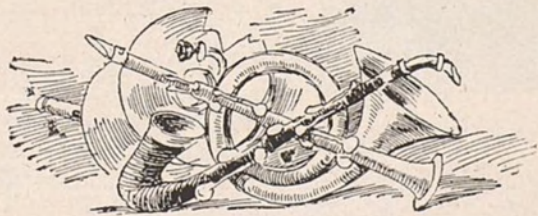
—Habéis de saber que *Lohengrin* es...

—¿Es un cuento muy bonito...? Cuenta, cuenta, que nos lo vamos á aprender. Yo después se lo contaré á mi hermanita... ¡cómo se va á divertir!

—Oímpica, severa, egregiamente—empieza así Ricardito.

(Y ésta será la materia del artículo venidero.)

ENRIQUE SANCHEZ TORRES.



# UN PASEO POR LA HISTORIA DE ESPAÑA

XVI

Quién nos toca hoy, Juanito?

—Este: Fernando III.

—Bueno, pues empieza.

—Fernando III, uno de los reyes mas grandes de España, comenzó á reinar á los diez y ocho años de edad, y desde el primer momento dió pruebas de sus admirables condiciones.

—Bien, bien; pero antes desearía que me dijeras á quién sucedió y de qué manera.

—No lo sé.

—Pues oye, porque es interesante. Fernando III era hijo de Alfonso IX de León y de doña Berenguela, hija de Alfonso VIII de Castilla; matrimonio que fué declarado nulo por el Papa, el cual, no obstante, reconoció la legitimidad de los hijos. Doña Berenguela, que se había retirado á la Corte de su padre, rogó á su marido que la enviase á Fernando para educarle, y, ya en su poder, hizo que las Cortes de Valladolid le adjudicaran la Corona de Castilla á la muerte de su padre.

—Alfonso IX.

—No, hombre; Alfonso VIII, el padre de doña Berenguela.

—Sí, sí...

—Alfonso IX lo llevó muy á mal, creyéndose que era una burla, y hasta procuró impedirlo guerreando, sin resultado. A su

muerte, Fernando III heredó, naturalmente, la Corona de León, y desde entonces quedaron ya unidos para siempre los reinos de Castilla y León. ¿Te has enterado?

—Sí, papá.

—Bueno; pues ahora sigue.

—Fernando III fué un modelo de reyes y obtuvo también grandes victorias contra los musulmanes, entre ellas la conquista de Sevilla.



FERNANDO III

Cuando pensaba arrojarlos del Norte de Africa le sorprendió la muerte. Por su vida ejemplar y por el celo con que defendió nuestra religión figura en la lista de los santos, y con este nombre se le conoce en la Historia.

—Muy bien. Dicen que al morir ordenó que retiraran todas sus ropas y signos de grandeza, y exclamó: “Desnudo salí del seno de mi madre y desnudo volveré al seno de la tierra”. ¡Ah! Un detalle importante. Puso la primera piedra de la catedral de Burgos y también de la de Toledo. Vamos con su vecino.

—Jaime I de Aragón.

—¡Buen día! Porque este Rey también es famoso. Venga, venga...

—Jaime I de Aragón, llamado el *Conquistador*, fué un Rey cuyo nombre ha llegado hasta nosotros envuelto en las galas de la poesía.

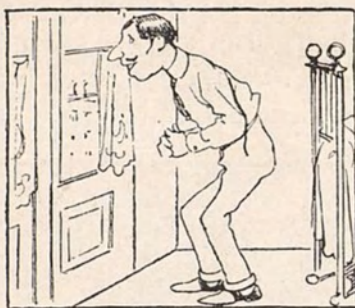
—¡Hombre! ¡D. Jenaro se ha sentido poético! No está mal. Pero no vayas á creer por lo que dices que D. Jaime el *Conquistador* es una figura poética, es decir, un poco fantaseada; no. Fué un rey admirable, cuyos grandes hechos dignos eran de la imaginación de un poeta.

—Incansable en la lucha y valeroso y resuelto, ensanchó su reino con numerosas conquistas, de donde le vino el sobrenombre; expulsó á los piratas de las Baleares y ganó á los moros la ciudad de Valencia y otros pueblos importantes, logrando así afianzar el poderío de los cristianos. Fué también un buen legislador y muy versado en letras, como demostró en la *Crónica* de su reinado, que escribió con buen criterio y excelente estilo, y que ha quedado como modelo en su género.

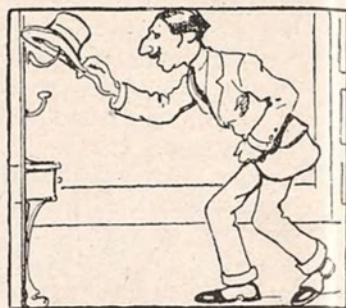
—Bien. Ahora te diré que era uno de los hombres más hermosos del mundo, según dicen los historiadores, y que no sólo por sus batallas puede llamársele el *Conquistador*. ¡Gran Rey y gran persona este D. Jaime! Y se acabó el repaso.



JAIME I



1. ¡Qué hermosos días primaverales tiene este Madrid; voy á salir á disfrutar el ambiente embalsamado!



2. Vaya, á la calle, á gozar de esta deliciosa mañana de la suave y benéfica primavera.



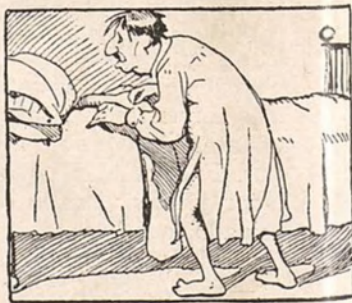
5. Lo malo es el polvo, que forma verdaderas nubes, y me ahoga. ¡Qué barbaridad!



6. Después de regar estas calles asfaltadas quedan hechas un río, y no se sabe qué es peor.



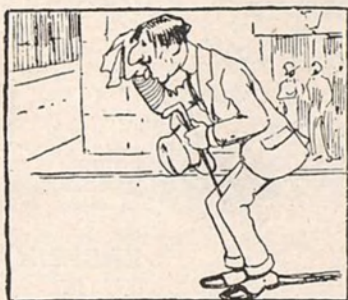
9. ¡¡Y ahora el diluvio!! ¡Y yo sin paraguas! ¡Ahora me convendría otro ciclón que me dejara en casa!



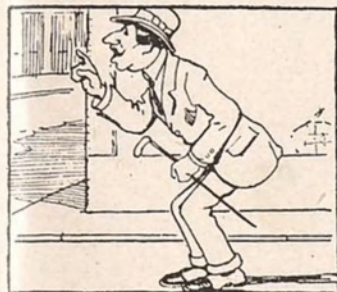
10. ¡Creo que he cogido dos pulmonías lo menos, y que me voy á morir!



3. ¡Oh, qué día...! Sin embargo, parece que empieza á iniciarse el calor.



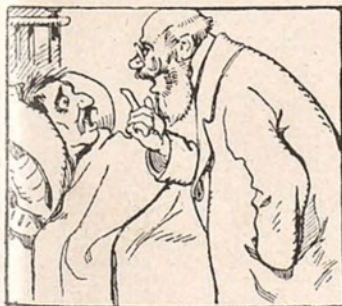
4. ¡Pero sofocante! ¡Qué modo de sudar, Dios poderoso! ¡Esto es insoportable!



7. ¡Calla, parece que se encapota el cielo! ¡Ya lo creo...! Me da en la nariz olor á...



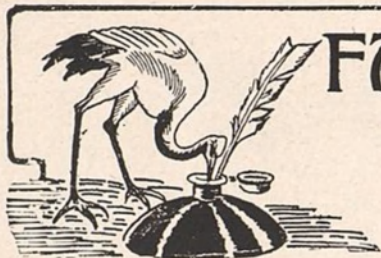
8. ¡Un ciclón! ¡Un verdadero ciclón! ¡Se me lleva el bastón y el sombrero, y á mí si me descuido!



11. Ya lo sabe usted; dos sinapismos, una sangría, sanguijuelas, sudar mucho... y veremos.



12. ¡Y yo, infeliz, que decía que era un día delicioso de la suave y benéfica primavera! ¡Ay! ¡Ay!



# FABULAS ESCOGIDAS

## LAS RIVALIDADES

Cercaba el gallinero de mi abuela  
un foso y contrafoso,  
cual si fuera una fuerte ciudadela;  
y la zorra, la ardilla y la mustela,  
á no abrir las gallinas,  
no podían tratarlas de vecinas.

Tomando su rapé la pobre anciana,  
bajaba por los huevos  
al oír cacarear por la mañana,  
y de sus haldas le sacaba ufana  
el rico grano; y, grave,  
al cercarla contaba ave por ave.

Bajó un día, por cierto muy temprano,  
en su brazo la cesta  
y dentro el devantal el rico grano;  
llamólas, tiró el trigo, pero en vano...  
La pobre no halló, en suma,  
sino un pollito enfermo, sangre y pluma.

“¡Ah!—la dijo el pollito—¿á qué en mal hora  
pusiste aquí tres gallos,  
que tres reyes quisieron ser, señora?  
Esta noche riñeron á deshora  
y en su fiera reyerta  
para echarse á la calle abren la puerta;  
óyense sólo voces de socorro  
y pío y cacareo,  
y al ver franca la puerta, llega un zorro,  
y acá voy, allá vengo y allá corro,  
se ensaña el caballero  
y deja sin gallina el gallinero.”

Dió la vieja un suspiro, con sus haldas  
secándose los ojos,  
verdes como si fueran esmeraldas,  
y dijo al fin, volviendo las espaldas:  
“*La discordia aprovecha  
para quien los descuidos cauto acecha.*”

EL BARON DE ANDILL

## VASCO NÚÑEZ DE BALBOA

Pasó á América con el comerciante Rodrigo de Bastidas, el hidálggo, natural de Jerez de los Caballeros, Vasco Núñez de Balboa. En la villa de Salvatierra de la colonia La Española adquirió tierras, y á su cultivo dedicó algunos años, hasta que el letrado Enciso preparó una nave para socorrer á Alonso de Ojeda, que con otros españoles, en el golfo de Arabá, había establecido la ciudad de San Sebastián. Enciso no quiso admitir á Balboa, por lo que el intrépido español decidió encerrarse en un tonel, dejando para cuando se hallaran en alta mar el salir de su escondite y darse á conocer. Gracias á este rasgo se pudo hallar en las empresas en que después brilló de modo imperecedero. Perdonado por Enciso, navegó en su nave, encontrándose con las de los desesperados pobladores de San Sebastián, que, hartos de fatigas y de no tener noticias de Ojeda, que había salido en busca de Enciso cincuenta días antes, habían recabado de Francisco Pizarro, su jefe, los volvierá á España. Enciso, como lugarteniente de Ojeda, dispuso que retrocedieran los exploradores y que con él se establecieran de nuevo en la ciudad abandonada.

Los más quisieron oponerse, mas prevaleció la energía del capitán. En San Sebastián otra vez se sintieron todos los rigores y todas las amarguras, y por ello clamaban todos por tomar el rumbo de Europa. Así el espíritu de aquellas gentes, Vasco Núñez de Balboa les arimó diciendo que él recordaba que á la parte de Occidente encontraron antes una



tierra fresca y abundante y ribereña á la boca de un gran río, y que si había quien le quisiera acompañar pronto daría cuenta de la verdad de sus palabras. Este se halló, y en él, al cabo de grandes contiendas con los habitantes, se instaló la ciudad de Santa María de la Antigua, junto al río Darien. Enciso, lleno de avaricia, no repartía los frutos de las luchas ni el oro cogido en los pueblos entre los compañeros, por lo que éstos decidieron que de allí en adelante Balboa fuera el jefe y que se encarcelara á Enciso. Elegido Balboa, procesado Enciso y asentada la paz en Darien, se decidió que el letrado y Zamudio, amigos de Balboa, pasaran á España á dar cuenta al Rey el *Católico* de cómo era el país y de las riquezas en él halladas.

Desplegadas las velas de las naves en que Enciso y Zamudio marchaban á España, se dedicó Balboa á conquistar lugares. En una de estas expediciones se supo por dos españoles náufragos que habitaban en las costas de Coiba, junto al cacique Cáreta, que al otro lado de los montes se encontraba otro mar. Balboa, deseoso de dar con el que no era otro que el mar del Sur ó Pacífico, con 130 hombres partió para alcanzar la gloria de ser su descubridor, y aunque las penalidades fueron muchas, ora venciendo á los indígenas de Ponca, ó haciendo amistad con los que encontraba al paso, ya entrando en felices acuerdos con Cáreta por medio de su hija, hermosa india, á quien amó siempre, ó bien imponiendo su ejemplar conducta frente á todas las demasías de sus compañeros, pudo, al fin, después de veinte días de hartos trabajos, divisar desde la cima de una montaña la playa que bañaba el Océano ansiado. El 1 de Septiembre de 1513 salió este gran caudillo y conquistador para tan difícil empresa, y el día 25 del mismo mes, cuando comenzaba á caer el sol, declaró para los Reyes de España la soberanía en aquellas aguas. En aquel solemne momento cae de rodillas en tierra, tiende los brazos al mar y, arrasados de lágrimas los ojos, da gracias á Dios por haberle destinado para tan gran acontecimiento.

Sucediendo todo esto, en España, las acusaciones de Enciso dieron lugar á que saliera Pedrarias Dávila con el cargo de gobernador del Darien para substituir á Balboa. El 29 de Junio de 1514 llegó á Santa María con el obispo Quevedo y 2.000 jóvenes.

La fama de Vasco era tal entre los de la colonia que sólo la perfidia y el odio de un miserable podían quebrantarla. Pedrarias procesó á Balboa; pero el obispo Quevedo, que adivinó el daño que á todos podía causar la desaparición de aquel hombre, aconsejó á su compañero en el mando que le casara con su hija María para unir á los intereses de uno los del perverso gobernador. El enlace se hizo, pero no fué bastante á contener las pasiones de Pedrarias, quien ávido de quedarse sin un rival tan popular y querido, acusándolo de traidor al Rey y de ambicioso, lo mandó decapitar contra el parecer de toda la colonia, el consejo del prelado y las súplicas de su compañera. Perdió la vida Balboa en 1517, teniendo cuarenta y dos años.

ENRIQUE PACHECO Y DE LEYVA.



RELATOS DE CAZA

## EL PERRO RABIOSO

**H**abía á la entrada del pueblo, al pie de un altozano coronado de ralas hierbecillas, una especie de alberca ó pilón grande, donde abrevaban las bestias y los rebaños. Y sucedió que una mañana, al llegar un pastor con su ganado encontróse allí un enorme mastín de leonado pelaje que, al parecer, estaba durmiendo. Ya hundían cabras y ovejas sus hocicos en las quietas aguas que espejaban el cielo azul, cuando el perro, levantándose, se lanzó sobre las reses más cercanas y las hirió, poniendo en fuga al ganado y al pastor, que volvieron pueblo adentro y lanzaron al viento la especie de que en el abrevadero había un perro rabioso. Nadie se atrevió á salir durante el día por aquel lado del pueblo, y por la noche, como fuera de las de viento dormido, todos escucharon espeluznados de espanto unos aullidos prolongados, lastimeros y penetrantes, que hendían las tinieblas como el agorero canto de un ser maldito.

A la mañana siguiente todo el mundo pudo oír al pregonero ofrecer en nombre del alcalde cinco duros á quien presentara la cabeza del temible can, y, terminado aquel día, apenas la noche tétrica se tendió sobre el campo, como diría Virgilio, Juan el cazador cogió su escopeta y su recio cuchillo de monte y abandonó el pueblo por la parte opuesta al abrevadero. Ya estaba en el campo oscuro y som-

brío. Escuchó y no percibió ni el más ligero rumor. La Naturaleza se entregaba al sueño y no había por allí ni un mochuelo que lanzara al aire su lúgubre canción, ni un bendito ruiseñor, alma de la noche, que con sus arpadas notas encantara los oídos del cazador. A éste no le pareció bien que el perro guardara silencio y, según iba andando, temía verlo saltar repentinamente de un acirrate antes de que pudiera apercebirse á la defensa.

Este pensamiento le hizo detenerse y esperar ojo avizor y oído atento, y ya empezaba á cansarse y hasta pensaba en regresar al pueblo, cuyas luces parecían en medio de las tinieblas grandes luciérnagas inmóviles, cuando sintió un aullido lúgubre... El maldito perro iniciaba su cantilena... Entonces Juan avanzó con rapidez y con cautela y, cuando ya se fué acercando, se agazapó y prosiguió su marcha hasta que distinguió claro y distinto el bulto siniestro. Estaba el can sentado sobre sus patas traseras, frente á él. Aullaba y su grande cabeza se levantaba hacia el cielo, y cuando callaba la abatía hasta tocar la hierba con el hocico... Juan apuntó cuidadosamente y disparó... El mastín se levantó de un brinco, dió dos ó tres pasos y, girando al fin sobre sus temblequeantes patas, cayó como cae un *cuerpo muerto*...

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, ya estaba el alcalde con el cazador junto al cadáver, y allí mismo le dió los cinco duros. Todo el día duró el desfile, pues no quedó chico ni grande que dejara de ver al malhadado mastín despeado, flacucho, con el hocico lleno de baba y con los grandes ojos abiertos, abiertos como si miraran...

JOSE A. LUENGO.





## MOVIMIENTO DE LA CORTEZA TERRESTRE

### II

**S**in entrar en el examen de las sacudidas violentas de la corteza terrestre, ya que los terremotos constituyen interesante materia para otro capítulo, procuraremos probar la directa relación que existe entre las contracciones de que hemos hablado (consecuencia del vacío que puede formarse en el subsuelo) con la formación de las montañas.

No son éstas, como pudiera creerse, obra de una misma época. Unas cordilleras son más jóvenes que otras; han surgido en tiempos en que la vejez había desmantelado las que primero ocuparon la superficie de la tierra. Dase, pues, en todas igual serie de fenómenos que en un ser vivo: nacen, envejecen y mueren.

Según afirman los que de tal clase de investigaciones se han ocupado, no ofrece duda la relativa poca edad de algunos macizos montañosos.

El orden de antigüedad que se atribuye á la aparición en las montañas es el siguiente: 1.º, montañas de Escocia y de Noruega; 2.º, montañas del centro de Europa (Alemania, principalmente), Urales (entre Europa y Asia) y Apalaches (zona del Atlántico en los Estados Unidos); 3.º, montañas rocosas; 4.º, Pirineos; 5.º, Atlas, Apeninos, Himalaya, y 6.º, Jura, Alpes, Cárpatos y Balkanes.

Las fechas de estos acontecimientos geográficos no pueden aventurarse ni siquiera aproximadamente. Sólo se puede afirmar que todas las montañas son muy recientes en relación con la edad de la tie-

rra, y que entre cada uno de estos momentos de la historia de nuestro planeta transcurrieron decenas de miles de años.

De aquí resulta que los montes que por su mayor altura, extensión, sinuosidades, etc., pudieran parecer más antiguos son, sin embargo, más recientes, y que la acción del tiempo amengua constantemente esas elevaciones del terreno, dando trazas más modestas á las que quizá fueron más importantes y alcanzaron más altitud.

La superficie de la tierra ha seguido variando desde que comenzó el enfriamiento de la materia gaseosa. Si aún subsisten montañas "antiguas" empujadas por la edad, también se conservan vestigios de algunas que existieron donde hoy no se ve más que una planicie. El cambio, la mudanza continúan y pasan como en épocas remotas pasaron los picos más elevados á formar el fondo de un mar, hasta el instante en que ese fondo submarino, elevándose, llegara á ser la cúspide de una montaña.

Asegúrese que hace poco tiempo (en el total que representa la formación de la tierra tal como es hoy) se hallaba el mar emplazado en el lugar que ahora ocupan los Alpes, los Pirineos y el Cáucaso. Así lo comprueban las diversas capas (estratos) del terreno de las montañas, formadas las unas con el concurso del mar y otras en las profundidades del suelo por el calor central, que aparecen mezcladas, revelando el paso constante de los planos más altos (tierras continentales) á los más bajos (fondos submarinos).

*Continuará.*

